

# VAMPIRS



«LAS CHUPADORAS DE SANGRE»

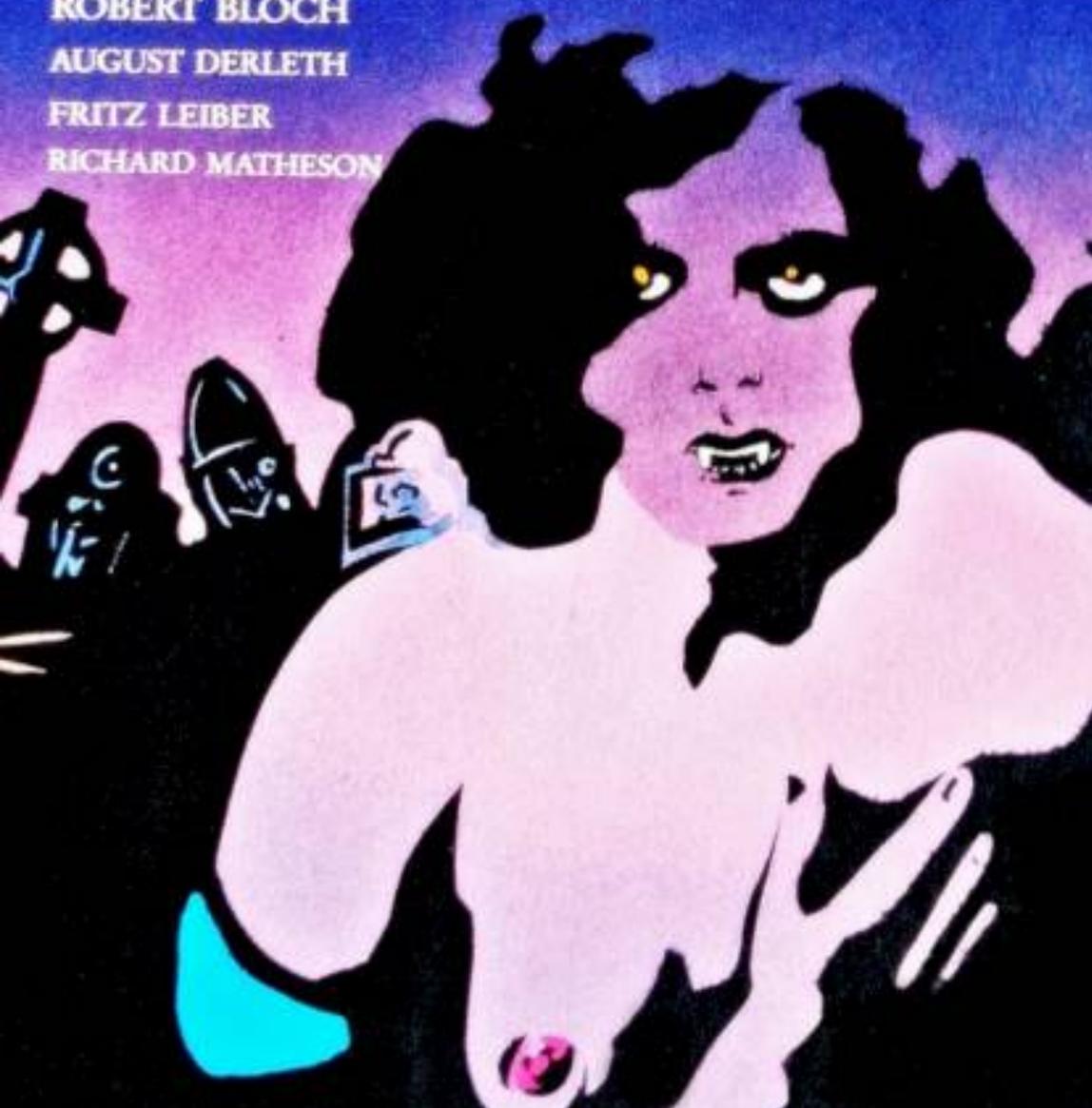
STEPHEN KING

ROBERT BLOCH

AUGUST DERLETH

FRITZ LEIBER

RICHARD MATHESON



Bajo la mirada cómplice de la Luna, «las damas de la noche», «las chupadoras de sangre» abandonan sus fríos sepulcros, sus estériles aposentos de la nada, y su cuerpo incorrupto, mortalmente bello y subyugante, se yergue en la Vida y se instala de nuevo en la Naturaleza... «La Mujer Vampiro» subsiste gracias a la fuerza vital de los que todavía no han muerto, una fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven, o no podrá respirar. Debe beber su sangre o morirá de hambre... Vaga en la noche alimentándose incesantemente de los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su estirpe maldita...

## Introducción

### Por qué hay tantas «damas de la noche»

El tema de las vampiras es común y popular en los relatos de terror. Este libro contiene dieciséis ejemplos que abarcan ciento cuarenta y seis años, desde *La muerta enamorada* (1836) a *Roja como la sangre* (1979).

Se cree que el primer relato en que apareció una vampira fue *La novia del sepulcro*, atribuido a J. L. Tieck. Después de haber sido antologizado en 1823, hubo un mínimo de dieciséis ejemplos adicionales producidos por otros escritores del siglo diecinueve como Alejandro Dumas (*La dama pálida*, 1848) y Sir Arthur Conan Doyle (*El parásito*, 1892). Hemos incluido tres de los mejores: el ya mencionado *La muerta enamorada* de Théophile Gautier, *Carmilla* (1872), de Sheridan Le Fanu, que ha sido llevado varias veces al cine y *El misterio de Ken*, un cuento de la víspera de Todos los Santos escrito por Julian Hawthorne (¿1888?)

El siglo veinte ha presenciado la publicación de un número muy superior de relatos en los que aparecen vampiras. El más antiguo de los que hemos seleccionado es *Lue-lla Miller* (1902), un relato de Mary Wilkins Freeman donde se describe a una vampira psíquica. Siete cuentos pertenecen a los años álgidos de *Weird Tales* (1923-1954) y *Unknown* (1939-1943): *Almas en pena*, de Seabury Quinn (1928), *La capa*, de Robert Bloch (1939), *Entre la nieve*, de August Derleth (1939), *Cuando había luz de luna*, de Manly Wade Wellman (1940), *Herencia*, de David H. Keller (1947) y *La última tumba de Lili Warran*, de Manly Wade Wellman (1951).

El relato más reciente es *Roja como la sangre*, de Tanith Lee, una revisión de «Blancanieves» a la que la autora le ha dado un considerable mordiente.

Si damos por sentado que los vampiros y las vampiras no existen (y es algo por lo que no apostaría mi vida), hay unas cuantas razones posibles que explican su aceptación y popularidad.

Los animales y los insectos vampíricos existen en el mundo real. Entre los ejemplos están la hembra del mosquito y ciertas variedades de murciélagos y mariposas. Obviamente, esas criaturas le han servido de trampolín a la fértil imaginación humana.

Bruce Wallace (*Omni*, 1979) sugiere que el temor a los vampiros pudo originarse entre los moradores de las cavernas. Durante las primeras etapas de la enfermedad, quienes habían sido mordidos por murciélagos rabiosos irían internándose cada vez más en la oscuridad para escapar a la luz. Durante las últimas etapas emergerían de ella convertidos en locos agresivos que intentarían morder a los demás. Las nuevas víctimas de sus mordeduras harían que el ciclo volviera a empezar. Saber reconocer a esas criaturas y evitarlas tendría un valor de supervivencia, por lo que es posible que, como resultado de la selección a lo largo de muchos siglos, esas características llegaran a formar parte de la herencia genética humana.

Basil Cooper (*The Vampire in Legend and Fact*, 1973) observa que a lo largo de la historia ciertos individuos profundamente perturbados han obtenido «una morbosa satisfacción física... bebiendo la sangre de los vivos o —lo que todavía resulta más horrible—, de quienes llevaban poco tiempo muertos».

Douglas Hill (*The History of Ghosts, Vampires and Werewolves*, 1970) sugiere que antes de la revolución médica producida durante los últimos cien años el entierro prematuro pudo ser algo bastante frecuente. Cuando la gente moría inexplicablemente a causa de toda una variedad de

plagas —entre otras cosas—, los aldeanos supersticiosos podían buscar vampiros desenterrando cadáveres. Los que «hubieran sido enterrados prematuramente despertaban en la tumba y morían intentando salir de ella sin conseguirlo», por lo que habrían sido encontrados en una posición distinta y con «una expresión terrible en sus rostros, y sangre en sus manos y en las uñas de sus dedos».

Los vampiros tienden a lograr sus fines mediante la seducción y la hipnosis, por lo que las hembras de la especie encajan en la tradición judeocristiana de la Eva tentadora.

Los relatos seleccionados en la presente antología poseen una gran capacidad de entretener: están bien escritos y cuentan con un buen argumento, personajes memorables e ideas originales. Algunos iluminan las desigualdades a que las mujeres deben enfrentarse en la vida, algunos permiten presentar mujeres fuertes y capaces de afirmar su voluntad ya sea de forma directa o comparativa, y algunos tratan temas típicos del feminismo de una forma que sorprenderá a quienes no estén familiarizados con ellos.

Charles G. Waugh

## STEPHEN KING

## Uno para el camino

Eran las diez y cuarto y Herb Tooklander estaba pensando en cerrar cuando el hombre del abrigo caro y el rostro muy pálido entró en el bar de Tookey, que se encuentra en la parte norte de Falmouth. Era el diez de enero, la época en que la mayoría de la gente está aprendiendo a vivir con todas las resoluciones de Año Nuevo que no han tenido la fuerza de cumplir, y fuera soplaba una terrible tormenta del noroeste. Antes de que oscureciera ya habían caído quince centímetros de nieve y desde entonces había seguido nevando con entusiasmo. Habíamos visto pasar dos veces a Billy Larribee encaramado a la máquina quitanieves del pueblo, y en la segunda ocasión Tookey salió corriendo para llevarle una cerveza: mi madre habría dicho que eso era un acto de auténtica caridad cristiana, y bien sabe Dios que en sus tiempos se había tragado sus buenos litros de la cerveza de Tookey. Billy le dijo que habían logrado mantener abierta la carretera, pero que los caminos secundarios estaban cerrados y que probablemente seguirían así hasta que amaneciera. La radio de Portland pronosticaba que caerían treinta centímetros más de nieve, y habría un viento de sesenta kilómetros por hora para irla amontonando en cunetas y recodos.

En el bar sólo estábamos Tookey y yo, escuchando cómo el viento aullaba en los aleros y viendo cómo hacía bailar el fuego en la chimenea.

—Tómate uno para el camino, Booth —dijo Tookey—. Voy a cerrar.

Me sirvió un trago, se sirvió uno para él y entonces vimos abrirse la puerta y el desconocido entró tambaleándose en el bar con nieve en los hombros y en el pelo, tan blanco como si hubiera estado revolcándose en un saco de azúcar. El viento hizo que una capa de nieve tan fina que parecía arena entrara detrás de él.

—¡Cierre la puerta! —rugió Tookey—. ¿Ha nacido en un granero o qué?

Nunca había visto a un hombre más asustado. Me hizo pensar en un caballo que se hubiera pasado la tarde comiendo hierba de fuego. Sus ojos saltones se volvieron hacia Tookey.

—Mi esposa..., mi hija... —dijo, y rodó por el suelo, desmayado.

—¡Jesús bendito! —dijo Tookey—. Booth, ¿quieres cerrar la puerta?

Fui hasta la puerta y la cerré, y tuve que luchar con el viento que quería mantenerla abierta. Tookey había puesto una rodilla en el suelo, sostenía la cabeza del desconocido en sus manos y estaba dándole palmaditas en las mejillas. Me incliné sobre él y enseguida me di cuenta de que lo había pasado bastante mal. Tenía la cara muy enrojecida, pero aquí y allá se veían manchones grisáceos, y cuando has vivido los inviernos de Maine desde que Woodrow Wilson era presidente, como he hecho yo, sabes que esos manchones grisáceos quieren decir congelación.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Tookey—. Tráeme el coñac, ¿quieres?

Fui a buscarlo y volví con él. Tookey le había desabrochado el abrigo. El desconocido parecía encontrarse un poco mejor; tenía los ojos entreabiertos y murmuraba algo en voz tan baja que no había forma de entenderle.

—Echa un poco de coñac en el tapón —dijo Tookey.

—¿Sólo vas a darle un tapón de coñac? —le pregunté.

—Eso es dinamita —dijo Tookey—. No quiero sobrecargar su carburador.

Llené el tapón de coñac y miré a Tookey, quien asintió con la cabeza.

—Adentro.

Se lo eché en la boca. El resultado fue digno de verse. El desconocido se estremeció y empezó a toser. La cara se le puso todavía más roja. Los párpados que habían estado a medio abrir salieron disparados hacia arriba como si fueran un par de persianas. Me alarmé un poco, pero Tookey se limitó a sentarle en el suelo como si fuera un bebé enorme y le dio varias palmadas en la espalda.

El desconocido puso cara de querer vomitar y Tookey le dio más palmadas en la espalda.

—No lo desperdicie —le dijo—. Ese coñac es carísimo.

El desconocido volvió a toser, pero con menos fuerza que antes. Aproveché para echarle una buena mirada. Sí, no cabía duda de que era un tipo de ciudad, y seguramente de algún lugar situado al sur de Boston. Llevaba unos guantes de piel, caros pero delgados. Probablemente en sus manos también habría unas cuantas manchas entre grises y blancas, y tendría suerte si no perdía un dedo o dos. En cuanto a su abrigo, no cabía duda de que era de buena calidad: por lo menos trescientos dólares, si es que entiendo algo de eso. Calzaba unas botitas que apenas si le llegaban a los tobillos; y empecé a preguntarme qué tal les habría ido a los dedos de sus pies.

—Me encuentro mejor —dijo.

—Estupendo —dijo Tookey—. ¿Puede acercarse al fuego?

—Mi esposa y mi hija —dijo el desconocido—. Están ahí fuera..., en la tormenta.

—Por su forma de entrar ya me imaginé que no estarían en casita viendo la televisión —dijo Tookey—. Oiga, no hace falta que se quede sentado en el suelo: puede contárnoslo junto al fuego. Venga, Booth, ayúdame.

El desconocido logró ponerse en pie, pero dejó escapar un leve gemido y sus labios se retorcieron en una mueca de dolor. Volví a pensar en los dedos de sus pies, y me pregunté qué razón tenía Dios para hacer que los idiotas de Nueva York intentaran conducir por el sur de Maine en pleno apogeo de una ventisca del noroeste. Y también me pregunté si su esposa y su hija irían tan poco protegidas como él...

Le llevamos hasta la chimenea y le hicimos sentarse en una mecedora que solía ser la favorita de la señora Tookey hasta que nos dejó en el 74. La señora Tookey se había encargado de casi toda la decoración del local, y habían escrito artículos sobre él en *Down East* y en el *Sunday Telegram*, y en una ocasión hasta le dedicaron unas páginas en el suplemento dominical del *Globe* de Boston. La verdad es que más parece un albergue que un bar: suelo de madera con los tablones cuidadosamente encajados entre sí, nada de clavos; mostrador de arce, techo sostenido por unas enormes y viejas vigas de establo, una chimenea de tamaño realmente monstruoso... Después del artículo aparecido en *Down East* la señora Tookey empezó a padecer delirios de grandeza y dijo que había que cambiarle el nombre al local, que quería llamarle «La Posada de Tookey» o «El Reposo de Tookey», y debo admitir que el sitio posee una cierta atmósfera colonial, no cabe duda, pero yo prefiero que siga siendo lo que siempre ha sido: el bar de Tookey, y punto. Hacerse el fino durante el verano cuando el estado se encuentra abarrotado de turistas es una cosa, pero en invierno has de ganarte la vida gracias a tus vecinos, y eso es algo muy distinto. Había montones de noches invernales como ésta, noches de bar vacío que Tookey y yo pasábamos a solas bebiendo escocés con agua o unas cuantas cervezas. Mi Victoria se fue en el año 73 y el bar de Tookey era un sitio al que ir, un lugar con las voces suficientes para ahogar el implacable tic-tac del reloj que va contando lo que te falta para morir. Aunque sólo estuviéramos Tookey y

yo era suficiente. Si se llamara «El Reposo de Tookey» ya no me habría gustado tanto. Puede que parezca una locura, pero es la verdad.

Le instalamos delante del fuego y empezó a temblar todavía más fuerte que antes. Se pasó los brazos alrededor de las rodillas, le castañetearon los dientes y unas cuantas gotitas de un moco muy claro brotaron de la punta de su nariz. Creo que estaba empezando a comprender que quince minutos más ahí fuera podrían haber bastado para matarle. No es la nieve, es la frialdad del viento: te roba el calor.

—¿Dónde dejó la carretera? —le preguntó Tookey.

—N-nueve kilómetros al s-sur de aquí —dijo él.

Tookey y yo nos miramos el uno al otro y de repente sentí frío. Mucho frío.

—¿Esta seguro? —le preguntó Tookey—. ¿Ha recorrido nueve kilómetros por entre la nieve?

Asintió.

—Le eché una mirada al cuentakilómetros cuando atravesamos el p-pueblo. Seguía las instrucciones que me habían dado..., íbamos a ver a la hermana de mi e-esposa..., en Cumberland..., nunca he estado allí antes..., somos de Nueva Jersey...

Nueva Jersey. Si hay alguien más idiota que un tipo de Nueva York es un tipo de Nueva Jersey.

—¿Nueve kilómetros? ¿Está seguro? —volvió a preguntarle Tookey.

—Sí, estoy seguro. Encontré el desvío pero estaba cubierto de nieve..., estaba...

Tookey le cogió por los hombros. La claridad cambiante del fuego iluminó su rostro tenso y pálido, y vi que parecía tener diez años más de los sesenta y cinco que tiene realmente.

—¿Torció a la derecha?

—Sí, a la derecha. Mi esposa...

—¿Vio un letrero?

—¿Un letrero? —Alzó los ojos hacia Tookey, le miró con cara de no entender nada y se limpió la nariz—. Pues claro que vi el letrero. Estaba en mis instrucciones. Tomar por la Avenida Jointner a través de Jerusalem's Lot hasta llegar a la rampa de entrada número 295. —Sus ojos fueron de Tookey a mí y volvieron a posarse en Tookey. Fuera el viento aullaba, gemía y silbaba en los aleros—. ¿Qué le pasa? ¿No tendría que haber ido por allí?

—Jerusalem's Lot —dijo Tookey en voz tan baja que apenas si resultó audible—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre subiendo el tono de voz—. ¿No hice bien? Quiero decir que el camino estaba cubierto de nieve, pero pensé que si había un pueblo las máquinas quitanieve estarían funcionando y..., y después yo...

Acabó quedándose callado sin completar la frase.

—Booth —me dijo Tookey en voz baja—, coge el teléfono y llama al sheriff.

—Claro, llámele —dijo el idiota de Nueva Jersey—. Oigan, ¿qué les pasa? ¡Parece como si acabaran de ver un fantasma!

—En Jerusalem's Lot no hay fantasmas, señor. ¿Les dijo que se quedaran dentro del coche?

—Naturalmente —respondió con tono ofendido—. No estoy loco.

Bueno, yo no estaba tan seguro pero...

—¿Cómo se llama? —le pregunté—. El sheriff querrá saberlo.

—Lumley —dijo—. Gerard Lumley.

Se volvió hacia Tookey y fui hacia el teléfono. Cogí el auricular y no oí nada, sólo el silencio de una línea muerta. Les di a los botones de desconexión un par de veces. Nada.

Volví con ellos. Tookey le había servido un poco más de coñac a Gerard Lumley, y por lo que parecía esta nueva ración bajaba mucho mejor que la de antes.

—¿Qué pasa, no estaba allí? —me preguntó Tookey.

—No hay línea.

—Maldición —dijo Tookey, y nos miramos el uno al otro. Una ráfaga de viento arrojó más nieve contra las ventanas.

Los ojos de Lumley fueron de Tookey a mí y volvieron a Tookey.

—Bueno, ¿ninguno de ustedes dos tiene coche? —preguntó. La ansiedad había vuelto a su voz—. Tienen que mantener el motor en marcha para que la calefacción siga funcionando. El depósito ya estaba tres cuartas partes vacío, y necesité una hora y media para... Oiga, ¿quiere responderme?

Se puso en pie y agarró a Tookey por la camisa.

—Eh, amigo, creo que a su cerebro se le acaba de escapar una mano —dijo Tookey.

Lumley se miró la mano, miró a Tookey y acabó soltándole la camisa.

—Maine —siseó, consiguiendo que sonara como un insulto dirigido a tu madre—. Está bien —dijo—. ¿Dónde está la gasolinera más cercana? Deben tener una grúa...

—La gasolinera más cercana está en el Centro Falmouth —dijo yo—. Eso queda a cinco kilómetros siguiendo la carretera.

—Gracias —me dijo Lumley con un cierto sarcasmo, y fue hacia la puerta abrochándose el abrigo.

—Pero no estará abierta —añadí.

Se dio la vuelta lentamente y nos miró.

—¿De qué estás hablando, viejo?

—Está intentando explicarle que la gasolinera del centro es propiedad de Billy Larrabee y Billy está conduciendo la máquina quitanieves, maldito imbécil —dijo Tookey con mucha paciencia—. Y ahora, ¿por qué no vuelve aquí y se sienta antes de que se le reviente una vena?

Volvió hacia nosotros con una mezcla de incomprensión y miedo en la cara.

—¿Está diciéndome que no puede..., que no hay...?

—No le estoy diciendo nada —replicó Tookey—. Usted es el que se lo dice todo y si se callara un minuto quizá consiguiéramos pensar en lo que podemos hacer.

—¿Qué ocurre en ese pueblo..., Jerusalem's Lot? —preguntó—. ¿Por qué no habían despejado el camino? ¿Por qué no había luces en ningún sitio?

—Jerusalem's Lot ardió hace dos años —dije yo.

—¿Y no lo reconstruyeron?

Puso cara de no creérselo.

—Eso parece —dije, y miré a Tookey—. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—No podemos dejarlas allí —dijo Tookey.

Di un par de pasos hacia él. Lumley estaba junto a la ventana, contemplando la noche y la nieve.

—¿Y si las han pillado? —le pregunté.

—Es posible —dijo Tookey—, pero no podemos estar seguros. Tengo mi Biblia en el estante. ¿Sigues llevando encima tu medalla del Papa?

Saqué el crucifijo de mi camisa y se lo enseñé. Nací y me criaron en el seno de una familia de congregacionistas, pero casi todos los que vivimos cerca de Jerusalem's Lot llevamos algo encima..., un crucifijo, una medalla de san Cristóbal, un rosario... Todos llevamos algo porque hace dos años, en el lapso de un oscuro mes de octubre, a Jerusalem's Lot le ocurrió algo horrible. A veces, a altas horas de la noche, cuando el bar está vacío y sólo quedamos unos cuantos habituales pegados a la chimenea, hablamos de ello, aunque quizá sería mejor decir que le damos vueltas al tema sin llegar a abordar directamente lo que ocurrió. Verán, la gente de allí empezó a desaparecer. Primero fueron unos cuantos, después unos cuantos más y después montones y montones de gente. Las escuelas cerraron. El pueblo estuvo vacío durante casi un año. Oh, sí, hubo algunos que se fueron a vivir allí —casi todos imbéciles de fuera del estado, como este soberbio espécimen que teníamos aquí—, supongo que atraídos por lo bajos que estaban los

precios de las propiedades inmobiliarias. Pero no duraron mucho. La mayoría se largaron un mes o dos después de haberse instalado en el pueblo. Los otros..., bueno, desaparecieron. Y el pueblo acabó ardiendo. Ocurrió al final de una larga temporada de sequía. Creemos que el fuego se originó en la casa Marsten, la que está sobre la colina que domina la Avenida Jointner, pero hasta la fecha de hoy nadie está seguro de cómo ocurrió. Las llamas ardieron durante tres días sin que hubiera forma de controlarlas. Después de eso las cosas mejoraron durante un tiempo. Y luego todo volvió a empezar.

Sólo oí mencionar la palabra «vampiros» en una ocasión. Fue una noche en el bar de Tookey y salió de los labios de un camionero medio loco llamado Richie Messina que venía de Freeport y había bebido lo suyo.

—¡Jesús! —rugió irguiendo lo que parecían dos metros de pantalones de lana, camisa a cuadros y botas con puntera metálica—. ¿Qué pasa, estáis tan jodidamente asustados que no os atrevéis a decirlo en voz alta? ¡Vampiros! Eso es lo que estáis pensando todos, ¿verdad? ¡Por los clavos de la motocicleta de Cristo! ¡Igual que un montón de críos asustados por lo que han visto en una película! ¿Sabéis lo que hay en Salem's Lot? ¿Queréis que os lo cuente? ¿Queréis que os lo cuente?

—Sí, Richie, cuéntanoslo —dijo Tookey. Todo se había quedado muy silencioso. Podías oír el crujir del fuego y el suave golpeteo de la lluvia de noviembre cayendo en la oscuridad—. Anda, tú tienes la palabra.

—Lo que tenéis allí no es más que una manada de perros salvajes —dijo Richie Messina—. Eso es lo que tenéis, y nada más; eso y un montón de viejas a las que les encanta oír una buena historia de miedo. Oh, vamos, si alguien me ofreciera ochenta pavos iría allí y pasaría la noche en lo que queda de esa casa encantada que tanto os preocupa a todos... Bueno, ¿qué me decís? ¿Nadie quiere ofrecerme esa suma?

Nadie dijo nada. Richie era un bocazas, no sabía aguantar la bebida y nadie lloraría por él en cuanto muriera, pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a ver cómo se iba a Salem's Lot después de que hubiese anochecido.

—Que os jodan a todos —dijo Richie—. Tengo la escopeta en el maletero de mi Chevy y eso detendrá a cualquier cosa que haya en Falmouth, Cumberland o Jerusalem's Lot, y allí es donde pienso ir.

Salió del bar dando un portazo y durante un rato ninguno de los presentes dijo una palabra.

—Nadie volverá a ver a Richie Messina —dijo Lamont Henry por fin en voz muy baja—. Santo Dios...

Y Lamont, que se había criado siendo metodista desde que su madre le sentó sobre sus rodillas, se persignó.

—En cuanto se le pase un poco la borrachera cambiará de opinión —dijo Tookey, pero no parecía muy convencido—. Volverá a la hora de cerrar diciendo que todo era broma.

Pero fue Lamont quien acabó teniendo razón, porque nadie volvió a ver a Richie. Su mujer le dijo a la policía del estado que creía que se había largado a Florida para escapar a una agencia especializada en el cobro de morosos, pero podías ver la verdad en sus ojos: estaba aterrorizada. Poco después se mudó a Rhode Island. Quizá pensaba que Richie vendría por ella alguna noche oscura, y no seré yo quien diga que no podría haber acabado haciéndolo.

Tookey estaba mirándome y le devolví la mirada mientras me guardaba el crucifijo dentro de la camisa. En toda mi vida jamás me había sentido tan viejo o asustado como ahora.

—No podemos dejarlas ahí fuera, Booth —repitió Tookey.

—Sí, ya lo sé.

Nos miramos el uno al otro durante unos instantes más y Tookey acabó alargando el brazo y me puso la mano en el hombro, dándome un apretón.